

“EL NIVEL DEL SEÑOR” (1)

Aunque nunca hay nada a sabiendas, esta vez sí. Y sin embargo fui. Lo sabía pero fui y sucedió lo que tenía que suceder. Los hermanos hablando su mejor lenguaje; un lenguaje espiritualizado pero, en parte, del siglo. Insuficiente para entenderse con cualquiera de las tres divinas personas. A pesar de esforzarse al máximo, cuidarse lo indecible, superar inesperadas cotas, resulta que no aceptamos que lo de Dios no es una cuestión de lenguaje. El lenguaje es un tema nuestro. Terrenal.

El fraile dominico que oficiaba de ponente planteó muy bien la cuestión. Nada existe tan válido en nuestra vida como una experiencia del Señor. La cuestión estriba en determinar qué debemos hacer para tenerlas, provocarlas, alimentarlas. ¿Están a nuestro alcance?

Como siempre, nosotros merodeando, una vez más, en torno a nuestra voluntad y sus posibilidades de procurarnos lo óptimo, lo inefable ¿Por qué no desistimos y reconocemos, de una vez por todas, que sólo Dios puede producir lo inenarrable? En el fondo seguimos dando vueltas desde Adán alrededor del mismo problema. Que no haya nada imposible para nosotros de todo lo más deseable. El pecado original subsiste porque aún no nos hemos arrepentido y, por tanto, tampoco curado de la soberbia que provocó lo de la manzana, lo del árbol del bien y del mal. Cuando verificamos la imposibilidad de satisfacer por nuestros propios medios los deseos más atractivos – y el Todopoderoso es el mayor de ellos – nos

derrumbamos. Eso y no otra cosa es el pecado original. Pero no sabemos salir de su círculo demoníaco derivado de la herencia de nuestros predecesores. No de su culpa, que no se hereda sino de su pernicioso inclinación a la soberbia que lleva cientos de siglos transmitiéndose. Está archidemostrado que el voluntarismo dunscoiano no es el camino para solventar esta problemática ni tampoco lo son nuestros incesantes estudios. Sin embargo, continuamos aplicando todo ello sin resultado. Esto nos irrita. La irritación nos aleja de nuestra meta y el alejamiento, poco a poco, va despertando nuestra agresividad. La única solución como nos explicaba, con meridiana claridad, a los terciarios el fraile ponente, era vivir una experiencia de Jesucristo. Pero su vivencia en nosotros constituye un don. ¿Qué hacer para recibirlo?

Comenzaron las intervenciones. Éramos unos cuarenta como máximo y, de ellos, sólo cinco carismáticos. Algunos de estos últimos hablaron con firmeza y claridad. Sus intervenciones se diferenciaron de las restantes. Se notaban las notas características de su existencia consistentes en vivir de las experiencias que se buscaban y que los carismáticos habían recibido gratuitamente. No hubo, sin embargo, encononazo. Todos actuaron dentro del Amor o al menos así trataron de hacerlo.

Tanto para los que habían tenido experiencias del Salvador como para los que las buscaban se habían leído antes diversos pasajes del Evangelio de San Juan sobre el episodio de Jesús con la samaritana (4, 5-15, 21, 23-26).

Allí el Señor nos dice lo que nunca jamás nadie se había atrevido a decir:

“El que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en el manantial que brotará hasta la Vida eterna”.

¡Un manantial perenne que nunca más cesará!

A todos nos faltó una referencia a la fe – sin duda por falta de tiempo – como vehículo incuestionable de acercamiento a Jesús pues como el mismo dijo a sus discípulos:

“Si tuviereis fe del tamaño de un grano de mostaza dirías a este monte: pásate de aquí allá y se pasaría; y nada os sería imposible” (Mateo 17, 20).

Pero la fe es otro don aunque la oración es capaz de provocarlo y eso ya sí que depende de nosotros. De nuestra humildad y reconocimiento del nivel en que se mueve el Señor y de aquel otro tan distinto en el que nos movemos nosotros.

Gloria al Señor.

Madrid, 11 de marzo de 2012

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.